

El palacio Moya, en Barcelona, y su arquitecto Josep Mas

Santiago Alcolea

Muchas e interesantes sugerencias presenta el estudio de la arquitectura barcelonesa del siglo XVIII que, en nuestra opinión, debería ser replanteada en su conjunto. Por el momento nuestro comentario va a limitarse al palacio Moya. Quizás el motivo que nos impulsa a ello sea la triste suerte que los últimos años le han reservado, y el temor a que en un determinado plazo nos veamos privados de uno de los más interesantes edificios civiles barceloneses.

El palacio Moya fue mandado construir a partir de 1774 por doña María Luisa de Copons Descatllar Cartellá Sarriera Desbosch Oms Aho-nés y Malla, marquesa de Cartellá y de Moya, viuda de don José de Copons y de Oms Descatllar Sanvicents Sarriera y de Rocabertí, marqués de Moya y mariscal de campo que fue de los ejércitos de Carlos III. Se levantó en la Rambla, que entre los años 1776 y 1778 había visto completada su urbanización, en un sector particularmente interesante para nuestra arquitectura del siglo XVIII, pues se halla enfrente de la iglesia de Belén, que fue de los jesuitas, y muy cercano al palacio de la Virreina. Tres edificios y tres conceptos distintos del arte, dentro de esta fecunda centuria: barroco, con ornato que recubre la superficie de la fachada, el de la iglesia, que fue construida entre 1681 y 1732; barroco también,

con abundancia de elementos ornamentales derivados de lo francés que se concentran en determinados sectores, el del palacio de la Virreina, y una clara tentativa de apartarse de estas orientaciones, aunque conservando bastantes recuerdos de ellas, en el palacio Moya.

El palacio de la Virreina fue construido por encargo de Manuel de Amat y Junyent, virrey del Perú. Los detalles de su construcción nos son hoy perfectamente conocidos por el meticuloso trabajo de Sáenz-Rico [1], gracias al cual ha quedado aclarado un interesante problema de nuestra historia artística y acentuada la figura de uno de aquellos «mestres de cases» que, a su gran experiencia artesana iban añadiendo los conocimientos que les permitirían incorporarse a las grandes corrientes artísticas que modificaban el panorama artístico europeo. En este caso es José Ausich el que aparece como autor de los planos del edificio, construido entre 1773 y 1776, en el cual, por la gran cantidad de escultura monumental en escudos, ménsulas y jarrones que aumentan la riqueza de la fachada a medida que gana en al-

[1] ALFREDO SÁENZ-RICO URBINA: *El Virrey Amat. Precisiones sobre la vida y la obra de Don Manuel de Amat y de Junyent*, vol. II. Barcelona, 1967, páginas 439-470.

tura, intervino de manera destacada el escultor Carlos Grau (1714-1798), de amplia experiencia en estos menesteres.

La planificación del edificio se realizó según detalladas instrucciones dadas desde el Perú por el virrey, que tenía aficiones constructivas bien acreditadas y posiblemente intervino de manera concreta en el aspecto exterior del edificio que, en esas fechas, estaba ya completamente anticuado, pues no debemos olvidar que entre los años 1761 y 1764 había sido construido el Colegio de Cirugía en Barcelona, según planos de Ventura Rodríguez, por una sociedad integrada por los «mestres de cases» Francisco Renart, Onofre Ivern y José Ribas y los carpinteros Pedro Armet, Pablo Planas y Deodato Casanovas.

En este Colegio de Cirugía, planeado por el prestigioso arquitecto madrileño y construido en los momentos en que los núcleos artísticos barceloneses mostraban intensos deseos de integrarse en las corrientes académicas, nos parece advertir el inicio de la renovación arquitectónica que se experimenta en Barcelona durante el último tercio del siglo XVIII. Si en unos edificios no fueron asimiladas sus enseñanzas, como ocurre en el palacio de la Virreina, en otros podemos apreciarlas perfectamente, como en el nuevo edificio de la Lonja, iniciado en 1772, según proyecto de Juan Soler Faneca; en el palacio Moya cuyos trabajos preparatorios comenzaron en 1774 y se terminaría en lo constructivo el año 1786, aunque durante algunos años más continuaron los trabajos de varios artesanos y artistas para dejarlo enteramente concluido, y en la fachada del palacio episcopal a la Plaza Nueva que ostenta las armas del obispo Gabino Valladares y la fecha de 1784. En este Colegio de Cirugía Ventura Rodríguez nos manifiesta una de sus interpretaciones más sobrias, tanto en la planta en que combina el rectángulo con el círculo,

como en sus fachadas en que la perfecta labra de sus sillares es el mejor complemento a la delicada lineación de todos sus elementos: huecos, molduras y cornisas.

A través de la documentación conservada en el Archivo de Protocolos de Barcelona podemos señalar la participación de varios artistas y artesanos barceloneses en la construcción del Palacio Moya. Según esta documentación el autor del proyecto fue Josep Mas que se titula arquitecto, ciudadano de Barcelona, en el recibo que extendió el 4 de septiembre de 1791 [2]. De acuerdo con este documento, recibió la cantidad de 2.200 libras barcelonesas por el salario correspondiente a los años 1776 a 1786 inclusive, a razón de doscientas libras anuales. Este salario se le abonaba por la dirección de los trabajos y por los planos que hizo para dicho palacio.

La realización de las obras corrió a cargo de Pau Mas, que se titula «mestre de cases», ciudadano de Barcelona, el cual percibió la suma de 55.983 libras y 3 sueldos, importe de los materiales, jornales y demás relativos a su oficio que empleó en derribar unos edificios y construir en el solar resultante el citado palacio, desde el 13 de noviembre de 1774 hasta el 25 de octubre de 1789, que deben ser las fechas de inicio y conclusión de los trabajos puramente constructivos del edificio [3]. En esta cuenta van incluidas bastantes partidas que hacen referencia a las obras de escultura anejas a la arquitectura, sin especificar el artista que las realizó. Se detallan, por ejemplo, los ocho jarrones grandes que iban situados sobre la galería del jardín, en la fachada de la Rambla, los cuales costaron 15 libras cada uno; las setenta y dos cartelas situadas bajo

[2] AHPB, Not. Grau Casani, Man. 1791, fol. 132.

[3] AHPB, Not. Grau Casani, Man. 1791, fol. 81.



Conjunto
fachadas
del palacio Moya

los balcones especialmente, que se pagaron a 7 libras cada una; varios escudos y mascarones, etc.

Otra cuenta importante es la que presentó Sebastián Prats por un valor de 15.105 libras y seis sueldos, correspondientes a las piedras labradas en su cantera y entregadas para la construcción del mencionado palacio desde el año 1775 hasta el de 1778 [4]. En esta cuenta hay alguna partida interesante como la que hace referencia a las piedras empleadas en la portada principal a la calle de la Puertaferriera, cuyo coste fue de 300 libras.

Si pasamos al capítulo de las obras complementarias del edificio hallaremos las cuentas del cerrajero Josep Pomés con un importe total de 6.928 libras y 2 dineros, correspondientes a los trabajos de su oficio [5]. En estas cuentas figuran partidas correspondientes a los balcones de la fachada y a las barandillas del piso alto del salón principal que son los ele-

mentos que pueden presentar mayor interés artístico. Algunos de los balcones de la fachada, concretamente los del segundo piso y uno del primero, fueron obra del herrero barcelonés Pere Sendil y Aliberch quien por ellos, y alguna otra cosilla sin importancia, cobró 1.351 libras, 15 sueldos y 11 dineros [6]. De inferior categoría parecen los trabajos encomendados a otro cerrajero barcelonés, Joan Bardi, quien percibió la cantidad de 2.629 libras, 3 sueldos y 7 dineros [7]. Otra importante cantidad recibió el vidriero barcelonés Francisco Saladriga por el valor de los cristales, vidrios y los traba-

[4] AHPB, Not. Grau Casani, Man. 1791, fol. 106.

[5] AHPB, Not. Grau Casani, Man. 1791, fol. 117.

[6] AHPB, Not. Grau Casani, Man. 1791, fol. 105.

[7] AHPB, Not. Grau Casani, Man. 1791, fol. 89.

jos propios de su oficio que había empleado en la construcción [8].

De mayor interés con respecto a los trabajos decorativos de la residencia son las cuentas que hacen relación a la escultura, al dorado y a la pintura. Con respecto a la escultura hay dos tipos de trabajos: unos, de carácter artesano, se incluyen en las cuentas de Geroni Mauri, maestro escultor de Barcelona, que ascendieron a un total de 1.983 libras, 4 sueldos y 10 dineros [9]. La mayor parte de dicha cantidad correspondía a jornales, nada menos que 648 de maestro a 18 sueldos, 674 de oficial a 16 sueldos y 482 de oficial a 15 sueldos, y en cuanto a obras realizadas solamente se especifican diecisiete florones para el salón y el estrado y molduras de guarnición en los estrados.

El otro tipo de actividades alcanza ya un nivel totalmente artístico y corresponde a la cuenta presentada por el escultor de Barcelona Salvador Gurri con un importe de 678 libras correspondientes al valor de un retablo, con las imágenes de la Virgen de la Merced, San José, San Luis Gonzaga, San Narciso y San Ignacio, ángeles y otras figuras menores, cuatro candeleros, un facistol y una cruz con su pie, para la capilla dedicada a la Virgen de la Merced en dicho palacio [10]. Con estos trabajos de Salvador Gurri está en relación la cuenta presentada por el dorador Miquel Petit la cual alcanzó la suma de 6.551 libras, 5 sueldos y 3 dineros [11]. En ella figuran los trabajos de dorado en la carroza con un valor de 500 libras; el dorado del retablo que ascendió a 550 libras; el de los cuatro candeleros 48 libras y el del facistol 10 libras. Nada sabemos de este retablo, ni de sus características ni de su posible conservación, pues si Gurri lo hizo, como atestigua la documentación pertinente, no pudimos verlo en la pequeña capilla del palacio aneja al gran salón, en visitas

al mismo realizadas hace ya algunos años, ni hemos podido conseguir establecer su paradero a través de la bibliografía sobre el particular, muy escasa, o preguntando a los actuales propietarios del edificio.

Como conclusión de estas colaboraciones está la cuenta presentada por el pintor Francesc Pla, ciudadano de Barcelona, quien cobró 2.980 libras por los diversos trabajos pictóricos que realizó en el edificio. En esta cuenta general están incluidas 730 libras por las pinturas del salón; 460 libras por las de cuatro estancias que se detallan; 675 por las que decoraban las fachadas hacia la Rambla y hacia la calle de la Puertaferriosa; 475 por las del sector inmediato al jardín; 150 por las del zaguán grande y las de la capilla, y 275 por las que decoraban varias dependencias, quedando el resto para trabajos de menor cuantía. Las pinturas que decoraban las fachadas exteriores desaparecieron hace ya muchos años a causa de las inclemencias del tiempo, pero han sido abundantemente citadas las del gran salón y mucho menos las de la capilla. A ellas hemos hecho referencia en otro lugar [12] y son numerosas las fotografías que se conservan, pero no podemos dar ahora testimonio de su estado actual.

El palacio Moya ha sufrido recientemente dos incendios (el 4 de mayo y el 1 de septiembre de 1970) cuyas

[8] AHPB, Not. Grau Casani, Man. 1791, fol. 110 v.

[9] AHPB, Not. Grau Casani, Man. 1791, fol. 177.

[10] AHPB, Not. Grau Casani, Man. 1791, fol. 132 v.

[11] AHPB, Not. Grau Casani, Man. 1791, fol. 113.

[12] SANTIAGO ALCOLEA: *La pintura en Barcelona durante el siglo XVIII*, «Anales y Boletín de los Museos de Arte de Barcelona», vol. XIV (1959-1960), páginas 280-281.

5 consecuencias, unidas al estado de total abandono en que se halla, permiten prever la progresiva pérdida de todo cuanto hubiese en su interior con interés artístico. Pese a las gestiones realizadas para lograrlo no hemos conseguido penetrar en el mismo, después de los citados incendios, para comprobar los daños y mucho nos tememos que cuanto contenía este edificio, capital para una brillante época del pasado barcelonés, haya desaparecido por completo. Además, si no se halla remedio a esta situación es de temer incluso la total ruina de la construcción, pese a su solidez. Cuando su situación sea extrema como consecuencia de un descuido, quizá deliberado, no faltarán argumentos para justificar su derribo.

De entre los datos que anteceden nos interesa particularmente ahora el que hace referencia a la intervención del arquitecto Josep Mas en este edificio, puesto que en la cuenta que

presentó figuran la realización de los planos y los trabajos de dirección de las obras desde 1776 hasta 1786; es decir, que en lo arquitectónico la obra es enteramente suya y así debemos considerarla. Con ello adquiere un particular relieve esta figura de nuestra arquitectura en el último tercio del siglo XVIII, puesto que es también el autor de la iglesia de la Merced, construida entre 1765 y 1775, y de la de San Vicente, en Sarrià, que lo fue en 1781-1798, además de realizar varias fuentes públicas y de dirigir la ampliación de la parroquial de Arenys de Mar, entre 1774 y 1784, aproximadamente. Aparece citado entre los «Maestros que tienen tienda y no trabajan pero hacen trabajar a otros, no de continuo pero mucha parte del año» en la «Relación de todos los individuos del Gremio de Albañiles, Arquitectos y Canteros de la presente Ciudad» presentada para establecer la



Puerta principal
del palacio Moya

En las fachadas del palacio Moya advertimos una curiosa circunstancia. Parecía lógico que se aprovechara el prolongado costado del solar en contacto con la Rambla, la popular arteria barcelonesa que por entonces era la más espaciosa de la ciudad y en vías de adquirir monumental aspecto gracias a una serie de edificios que la iban enriqueciendo, para levantar en él una fachada que fuese digno paralelo a la recién terminada de la Virreina y signo externo evidente de la importancia del linaje de los Cartellá. Pero no fue en ese sentido hacia donde se orientó, sino hacia una calle menor, aunque prestigiosa sin duda como es la de la Portaferrissa, y en ella se alza la fachada principal, sin espacio bastante para apreciar su bien compuesto conjunto. Quizá por ello se acentuó la riqueza de la portada principal, poco acorde con la orientación estilística que prevalece en el edificio, casi totalmente desornamentado en contraste con la vecina y ostentosa fachada de la Virreina, que si es rica en los pormenores de sus dos pisos lo es todavía más en su remate. Esa portada está enriquecida con guirnaldas y follajes, con una cabeza de animal en la clave del arco y ménsulas con numerosos recuerdos rococó a los lados, para sostener el balcón principal.

Los amplios paramentos de las fachadas se organizan de manera semejante. Un gran desinterés por la planta baja y dos pisos de similar altura e importancia en que se abren con geométrica regularidad los huecos rectangulares de los balcones, con sencillos antepechos de hierro y apoyados sobre ménsulas que, con los medallones de alegorías militares que aparecen sobre los huecos centrales, son las únicas concesiones ornamentales que se advierten. Tanto la menor y principal como la que se abre a la Rambla, presentan un cuerpo central con disposición tripartita en que los huecos están separados

por pilastras levemente resaltadas y con la junta de los sillares algo rehundida, como si hubiera un decidido propósito de acentuar la horizontalidad del edificio, impresión incrementada por las pilastras similares de los ángulos, las molduras que enlazan los balcones y la fuerte línea de la cornisa, solamente interrumpida por los pequeños frontones que corresponden a los cuerpos centrales de las fachadas y nos hacen pensar en los que coronan las fachadas de la contemporánea Lonja barcelonesa. Este deseo de horizontalidad contrasta con lo que podemos apreciar en la fachada de la Virreina, en la cual se acusan particularmente los elementos verticales. En los cuerpos laterales de las fachadas se abren dos huecos en la de la calle Portaferrissa y tres en la que se abre a la Rambla y entre los huecos se disponen espacios rectangulares levemente rehundidos que inicialmente estuvieron decorados con las citadas pinturas murales, obra de Francesc Pla, hoy totalmente perdidas.

Debe quedar para mejor ocasión un más amplio estudio del arquitecto Josep Mas y de su obra, así como un más detenido análisis de los posibles contactos que en sus construcciones se advierten con las corrientes representadas básicamente por Ventura Rodríguez. Por el momento debemos insistir en el gran interés que presenta dentro de la arquitectura barcelonesa del siglo XVIII y en la necesidad de que se haga algo por quien corresponda para salvar lo que todavía subsiste de este Palacio Moya que tan destacado lugar ocupa en ella.